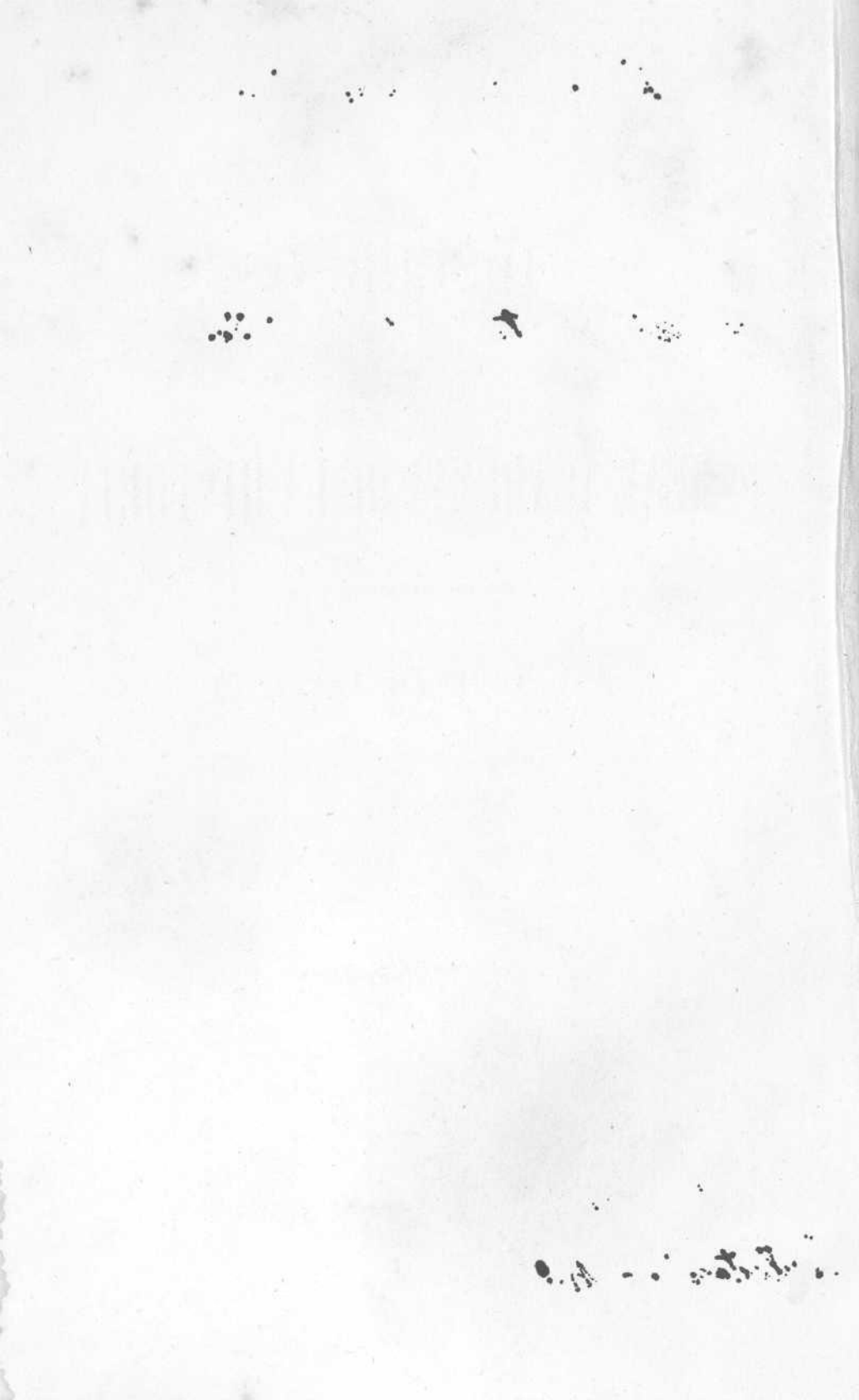


DISCURSO

6.





DISCURSOS

leídos en sesión pública de la

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCION DE

DON MODESTO LAFUENTE,

el 23 de Enero de 1853.



MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE P. MELLADO,
calle de Santa Teresa, núm. 8.

—
1853.

DISCURSOS

DE DON NODRISTO ESPERATE

DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN EL AÑO DE 1874

DE DON NODRISTO ESPERATE



MADRID

EN LA IMPRENTA DE DON NODRISTO ESPERATE

CALLE DE CALZADA DE SAN JUAN, 10

1874

DISCURSO

LEIDO POR EL SR. D. MODESTO LAFUENTE

AL TOMAR POSESION

DE LA PLAZA DE ACADÉMICO DE NÚMERO

DE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.



SEÑORES.

RECIBO hoy la primera, pero la mas pura recompensa, el primero, pero el mas glorioso galardón á que pudiera aspirar por premio de mis desvelos y tareas literarias. Con toda la fé, con todo el ardimiento, con toda la santa audacia que necesita un hombre solo y aislado para una noble y grande empresa, acometí un trabajo histórico, ímprobo, difícil, casi gigantesco, la Historia general de nuestra nacion. Publicada una buena parte de este trabajo, la Real Academia de la Historia ha tenido la dignacion de llamarme á su seno. Esta honra, tributada sin duda, no al escaso merecimiento que haya podido hallar en la ejecucion, sino á la magnitud del pensamiento, á la nobleza del fin, y á la laboriosidad y perseverancia que supone, es la que hoy me hace sentir una satisfaccion profunda y una emocion que se debe traslucir. Reciba la sabia y respetable corporacion á que desde hoy me glorío de pertenecer, el testimonio de mi mas sincero reconocimiento. En los fastos de mi insignificante vida queda notado este dia con la letra del gozo y de la gratitud.

Voy á cumplir hoy tambien con el primer deber de

académico, discurriendo sobre un período de nuestra historia. Haré algunas consideraciones sobre un acontecimiento de los que influyeron mas en la condicion y en la vida social de España, á saber, la fundacion, el engrandecimiento y la caida del Califato de Córdoba; indicaré sus causas y apuntaré sus consecuencias.

Señores, en uno de estos grandes movimientos y oscilaciones con que de tiempo en tiempo se ve marchar la masa general de la humanidad impulsada por la mano de Dios, el Oriente y el Mediodía habian sido arrojados sobre el Occidente. Los hombres de Asia y los hombres de Africa se habian lanzado sobre la vanguardia de Europa, y la habian arrollado y ahogado como un torrente. Un quejido de dolor resonó desde la confluencia de los dos mares hasta la cadena de los Pirineos. Era el lamento de la España moribunda; porque las naciones sienten la muerte y se quejan como los individuos. Todos creian que la España habia muerto, incluso los que se jactaban de haberla ahogado entre sus brazos vencedores. Pero la España vivia, y vivia sin saberlo ella misma, porque quedó aletargada. Era el principio del siglo VIII.

Comenzó á volver en sí, y el primer síntoma de su vitalidad se sintió en el fondo de unos riscos y en la concavidad de una gruta; de una gruta, el último asilo de la religion perseguida; de unos riscos, el postrer atrincheramiento de la independencia de los pueblos. Religion y patria era lo que hombres estraños habian venido á arrebatár á los españoles: fé y libertad eran los dos principios vitales de España. El primer arranque de vida fué imponente y terrible. Sucedió el portentoso de Cobadonga, y de la profundidad de un oscuro valle de la antigua Iberia salió una voz avisando al mundo que las soberbias huestes del Profeta de la Meca, que los orgullosos dominadores de Asia y de Africa habian dejado de ser invencibles en un rincon de España.

Al poco tiempo una voz semejante á la de Asturias resuena en otros valles y en otras rocas del Pirineo. Los cristianos del occidente, del septentrion y del oriente de España se responden como los centinelas que vigilan los puntos estremos de una ciudadela sitiada. Ha comenzado la lucha, y los oprimidos van rescatando á fuerza de heroismo y de individuales esfuerzos una parte de su patria de poder de los opresores. Pero eran pocos y obraban aislados: no eran bastante ilustrados para conocer las ventajas de la unidad, y eran demasiado altivos para rechazarla aunque las hubieran conocido. Solo los unia el principio religioso.

Por fortuna anduvieron todavía mas desunidos entre sí los conquistadores. Hombres de diversas razas y tribus, de distinto origen y diferentes costumbres, árabes, sirios, egipcios, persas, berberiscos é israelitas, los unos nobles, cultos y galantes, los otros rudos, groseros y feroces, fanáticos musulmanes los unos, mas tibios creyentes los otros, de mal grado sujetos los africanos á los asiáticos que los habian subyugado, unidos momentáneamente para la conquista, tan pronto como se vieron vencedores, desarrolláronse las rivalidades, las antipatías, los odios de casta y de tribu; los emires y walíes, los alcaides y wazires se hicieron entre sí cruda guerra, y todo fué rebeliones, venganzas, turbulencias, desorden y espantosa anarquía. El emirato estuvo á punto de disolverse, y la España sarracena próxima á perecer destruida por la gangrena interior que corroía sus entrañas.

Sensible es que á enemigos de nuestra fé y de nuestra patria se les alcanzára en tal estremidad y angustia tan heroico, tan digno y tan eficaz remedio como el que buscaron, y pienso que se ha reparado poco en la grandeza de un hecho que pasó en nuestro país.

Si hoy mismo, Señores, si hoy, despues de los progresos que ha hecho la civilizacion, se ofreciera á nuestros

ojos en cualquiera de las naciones modernas mas cultas, en medio de los estragos de una larga guerra civil y de los horrores de una prolongada anarquía, el espectáculo de una asamblea deliberando pacíficamente, sin acaloramiento, sin pasion y con dignidad sobre los medios de librar de la muerte el cuerpo social ; si la viéramos concebir el atrevido pensamiento de fundar un imperio grande en una sociedad ya casi disuelta, ofrecer la diadema del proyectado imperio á un príncipe proscrito, desvalido y errante, resto de una familia recientemente esterminada, buscarle, sentarle en el trono, y constituir un imperio sólido, fuerte, poderoso y estable, creo que no hallaríamos términos con que ensalzar la noble, la patriótica, la elevada conducta de aquellos hombres.

Pues bien, Señores, esto lo ejecutaron hace once siglos los agarenos que habian venido á apoderarse de España. Yo no ceso de admirarme cada vez que me represento aquellos ochenta venerables musulmanes con sus largas y blancas barbas, jeques de otras tantas tribus, congregados en asamblea en Córdoba, discurriendo los medios de sacar la España musulímica de la agonía en que se hallaba, y proyectando fundar en ella un grande imperio independiente de Asia y de Africa. Aquellos hombres se acuerdan de un jóven é ilustre príncipe, pero que vagaba errante y prófugo por los desiertos africanos, mendigando la hospitalidad del desvalido y el sustento del menesteroso de aduar en aduar entre aquellas tribus salvages. Este príncipe, único vástago de la preclara estirpe de los Beni-Omeyas que habia dado catorce califas al imperio de Oriente; el único que por una feliz casualidad se habia salvado de la universal matanza de su familia, ejecutada entre los alegres brindis de un festin alevosamente preparado en Damasco por los vengativos Abbassidas, por aquellos feroces Abbassidas que acababan de plantar sobre el trono imperial de Siria el negro pendon de Abul Abbas despues de

haber desgarrado el estandarte blanco de los Omniadas: este príncipe es buscado en los desiertos de Africa por los enviados de los jeques de Córdoba: le encuentran en una cabaña y le brindan con un trono; le hallan vestido de harapos y le ofrecen un manto de púrpura; le recogen de entre beduinos y le traen á España á regir un imperio que han proyectado para él. El acuerdo de los jeques de Córdoba nos costó setecientos años mas de lucha. Era poco mas de mediado el siglo VIII.

Viene á España el jóven príncipe Abderrahman el Omniada. «Es digno de un trono este hijo de Moawiah,» esclaman millares de musulmanes andaluces, entusiasmados con su noble y gallarda presencia. Y le erigen un trono en Córdoba, y se funda el imperio mahometano de Occidente, emancipado del califato de Oriente. Rugen todavía desencadenadas las tormentas de las guerras intestinas, pero el jóven Omniada, brioso, activo y esforzado, empuña su cimitarra, combate, triunfa, castiga, perdona, sofoca las rebeliones, reorganiza la España musulmica y afianza su trono. Es un planeta de poderoso influjo, á cuya aparicion se calman las borrascas. En los períodos de sosiego embellece á Córdoba con alcázares, palacios, fuentes, baños y jardines: son las artes de Oriente que vienen á aclimatarse en el suelo español. En los jardines de la antigua colonia patricia donde nació y creció el célebre plátano de César, planta con su mano una esbelta palmera; símbolo del gusto y de la civilizacion oriental, que reemplaza al gusto y á la civilizacion romana. El mismo califa canta una balada á la reina de las selvas; es el genio poético de la Arabia representado por el gefe del estado. Erige escuelas ó madrissas para la educacion de la juventud; es la ilustracion árabe que quiere hacer de Córdoba la Bagdad de los estudios y de las academias. Da principio á la construccion de una gran mezquita que rivalice en esplendor con los mas suntuosos

templos de Arabia y de Siria; es el fanatismo mahometano que se propone hacer de la ciudad de Andalucía la Meca de los musulmanes de Occidente.

Bajo el segundo califa (que así los llamamos, aunque ellos al principio se dieran el modesto título de emires), se acaba de levantar la soberbia aljama de Córdoba, el templo maravilloso comenzado por su padre, y fabricado en parte con materiales conducidos en hombros de esclavos y traídos de la derruida ciudad de Narbona, de allá, de mas allá de España, donde han llegado las armas sarracenas: monumento insigne del fervor religioso, de la grandeza, de la pompa y de los adelantos artísticos de nuestros dominadores.

Con el Califato de los Omniadas se entroniza y predomina en España la raza árabe pura, noble, ardiente, voluptuosa y galante, sobre las razas berberiscas, groseras, vengativas, traidoras y feroces. El árabe era galante y tierno, porque era culto y voluptuoso. Por eso aquellos califas guerreros y letrados enloquecían con las gracias y las caricias de una linda esclava, y erigían para ella alcázares suntuosos, y le consagraban jardines y versos, cásidas y joyas, y el mas despótico soberano de Oriente se hacía esclavo de la última de sus esclavas. El árabe era generoso y noble. Por eso un califa batallador abrazaba llorando cuando encontraba en el campo de batalla al hermano que aspiraba á derrocarlo del trono: por eso eran indulgentes con los cristianos sumisos, y respetaban á un sacerdote de Cristo que se presentaba desarmado y solo á ajustar un tratado de paz, y permitían llevar en procesion por entre poblaciones musulmanas las reliquias de un santo. Pero el árabe era impetuoso y ardiente. Por eso martirizaban á los que se atrevían á ridiculizar sus ritos ó á mofarse del Profeta: por eso cortaban las cabezas de los guerreros cristianos y las clavaban en los adarves de sus muros ó hacían pilas de sus cráneos. El árabe era violento en sus pa-

siones y cruel en sus venganzas. Por eso degollaban sin piedad á los musulmanes disidentes, y saboreaban con bárbaro placer el espectáculo de trescientos cadáveres de otros tantos jeques revoltosos clavados en estacas festonando las márgenes de un río. Esta mezcla de cultura y de ferocidad, de generosidad y de fiereza, explica la conducta de los califas españoles y el carácter de la lucha de los sarracenos entre sí, y de los pueblos cristiano y musulman durante el Califato.

Basta con que algunos grandes príncipes se sucedan sin interrupcion en un trono para dar engrandecimiento y prosperidad á un estado; y la estirpe de los Beni-Omeyas fué en esto tan privilegiadamente afortunada, que casi todos los soberanos de aquella ilustre dinastía fueron insignes, ó como políticos, ó como sabios, ó como guerreros: casi todos estuvieron dotados de cualidades eminentes. Por eso, al través de discordias intestinas y de guerras exteriores, crece el imperio y se engrandece el califato hasta hallarse en un grado de esplendor que asombra en el siglo X. bajo Abderrahman III. el Grande. Este esclarecido príncipe encadena con una mano el Africa á España, y con otra sofoca añejas rebeliones y da al cabo de dos siglos unidad al imperio. La fama de su grandeza vuela por el mundo, y embajadores de los soberanos de Constantinopla, de Alemania, de Esclavonia, de Francia, de Italia, de Navarra y de Barcelona, vienen á la córte del califa con cartas de amistad en que le tributan homenajes de respeto, y vuelven admirados de la magnificencia y agasajo con que han sido recibidos, mientras él da hospitalidad á un rey cristiano y le repone en el trono de Leon. Era un genio superior el de este califa, y era ya un imperio grande el de Córdoba.

Tipo de la cultura, de la magnificencia y de la galanrfa oriental este Abderrahman Al Nassir, construye y dedica á su esclava favorita para su recreo la mansion mas fas-

tuosa que ha podido imaginarse, el célebre y maravilloso palacio de Zahara; el palacio de las quince mil puertas y de las cuatro mil trescientas columnas de preciosos y variados mármoles; el de los techos de cedro y los artesonados de ébano y de marfil; el de las fuentes de jaspe con cisnes de oro y los surtidores de azogue vivo que robaban sus rayos al sol; el de los bosquecillos de jazmines, de mirtos y de laureles con pabellones de mármol blanco y capiteles de oro; el de los arroyuelos, las flores y los perfumes; el de las siete mil esclavas y catorce mil esclavos para el servicio del califa y de la escogida de su harem. La mayor maravilla de aquella mansión de deleites es que parece una creación fantástica y poética, y fué la realidad de la poesía. Abderrahman debió dar celos al autor del Coran, porque realizó en la tierra el paraíso que el Profeta había prometido á los creyentes en el cielo, aquel paraíso de materiales placeres que la imaginación lúbrica de Mahoma había inventado para halagar la ardiente voluptuosidad de los árabes. Desde el palacio de Zahara solo la poesía ha podido crear tan deliciosas mansiones.

Si Abderrahman III. fue como triunfador el César, como espléndido y magnífico el Trajano de los musulmanes, su hijo y sucesor Alhakem II. fué como hombre de paz el Octavio, como filósofo el Marco Aurelio del califato de Occidente. Este príncipe, mas dado á las artes y á los goces de la paz que á las glorias y al estruendo de la guerra, convierte las cimitarras y alfanges en arados y azadas, y hace de los soldados ganaderos, labradores, artesanos, comerciantes y mineros: los campos antes regados con sangre humana se ven cruzados de canales y azequias, y cubiertos de frutales y plantíos, de verde yerba y de doradas mieses. Este príncipe, que vió á su padre circundado siempre de literatos, poetas, médicos, astrónomos, matemáticos, filósofos, historia-

dores y artistas; que le vió confiar á los hombres de mas saber los primeros cargos del imperio, y gastar inmensas sumas de mitcales de oro en adquirir libros y galardonar el talento, la aplicacion y la ciencia; este príncipe, que habia sido educado entre doctos académicos y que antes de empuñar el cetro habia ganado coronas en certámenes literarios, sube al trono y convierte á Córdoba, la ciudad de las doscientas mil casas y de las seiscientas mezquitas, en una vasta academia; recoge el fruto de la cultura que han ido sembrando los ocho califas que le precedieron, y hace de Córdoba la Atenas del siglo X. La biblioteca del palacio de Meruan llega á encerrar hasta cuatrocientos ó quinientos mil volúmenes; el índice y las biografías de los autores los ha escrito él mismo; el bibliotecario es un príncipe, es el hermano mismo del califa; su palacio es el templo de las letras y el albergue de las Musas. Los amantes de la ilustracion que se lamentaban recordando el horrible incendio de la biblioteca de Alejandría en el siglo VII., pudieron consolarse al verla en el X. como renacida y maravillosamente acrecentada en Córdoba, y el culto Alhaken parecia haber nacido para lavar la afrenta que habia caido en el pueblo de Ismael con el escándalo del bárbaro Omar. El reinado de Alhaken II. es el punto culminante de la civilizacion oriental en España.

Y este es el pueblo, Señores, que nos representaron por espacio de siglos nuestros antiguos cronistas é historiadores como un pueblo inculto, bárbaro y grosero, mirándole y haciéndole mirar solo por el prisma de la religion; idea disculpable por el celo religioso que la inspiraba, pero que se arraigó por centenares de años en nuestro pueblo, hasta que algunos doctos orientalistas pertenecientes á esta misma corporacion, desenterrando los tesoros de la literatura arábica que yacian ú ocultos ó desconocidos entre nosotros, han ido derramando luz y dando á conocer tales como eran

á nuestros dominadores de Oriente. Gracias sean dadas por tan inmenso servicio á estos ilustrados académicos de la Historia, y no digo mas en su elogio por no ofender la modestia de alguno que me escucha.

En medio de tanta grandeza y de tanta prosperidad del pueblo infiel, ¿qué habia sido del pobre pueblo cristiano? Los cristianos no han desmayado por eso en su santa empresa. Con la fé en el corazon, la cruz en el pecho y la lanza en la mano, han hecho atrevidas escursiones y rescatado pueblos y territorios en Galicia, en Lusitania, en los antiguos Campos de los Godos, y avanzado por el Norte y por el Este hasta el Duero y el Ebro. Se han erigido las basílicas de Oviedo y Compostela: se han levantado tronos en Leon y Navarra, y han surgido los condados independientes de Barcelona y de Castilla. Los Alfonsos de Asturias, los Ordoños y Ramiros de Leon, los Garcías y Sanchos de Navarra, los condes de Castilla y de Barcelona, han visto derrotados los pendones del cristianismo en Aybar y en Valdejunquera, pero han sacado triunfante y gloriosa la enseña de la fé en Lutos, en Polvararia, en Laturce, en Gormaz, en el foso de Zamora y en los campos de Simancas. Sin embargo, en el flujo y reflujo de la reconquista, bajo los últimos califas que he nombrado y en el último tercio del siglo X. el imperio sarraceno habia alcanzado su unidad y se hallaba en gran prosperidad y pujanza; los reinos cristianos se encontraban abatidos, en decadencia y ardiendo en discordias.

En tal situacion, Señores, se levanta como un gigante en el Mediodía de España el mas hazañoso campeón que habian tenido nunca los agarenos, el mas formidable enemigo que habian tenido jamás los cristianos. Este gigante no es el califa, no es el soberano, no es el gefe del imperio; es el ministro, es el regente, es el tutor de un califa niño é imbecil, el único inepto que ha nacido de la ilustre estirpe de los

Beni-Omeyas. Almanzor, rayo de la guerra, emprendedor como Anibal, guerrero y literato como César, destructor, sin ser bárbaro, como Atila, mientras el imbécil califa vegeta en los salones y jardines de Zahara entretenido con pueriles juegos entre esclavos, eunucos y mugerzuelas, se lanza de improviso como un cometa sangriento de incierto rumbo, ya sobre el Oeste, ya sobre el Norte, ya sobre el Este de la España cristiana, y todo lo destruye, y todo lo arrasa y todo lo aniquila. Borrell de Barcelona se arroja al mar huyendo de las aterradoras huestes de Almanzor. Garcí Fernandez de Castilla sucumbe al filo de los alfanges sarracenos. Los muros de Leon caen desplomados, y Bermudo II, se refugia á Asturias llevando consigo las cenizas de los reyes y las reliquias de los santos mártires. El sepulcro del apóstol Santiago en Compostela es profanado y pisado por las inmundas plantas de los soldados de Mahoma, y las campanas de la Jerusalem de los españoles son trasportadas por orden de Almanzor en hombros de cautivos cristianos, para colgarlas como trofeos, si no como lámparas, en la grande aljama de Córdoba. En veinte y cinco años de periódicas campañas gana el terrible musulman cincuenta victorias. Por todas partes estrago, ruina, desolacion y muerte para el pueblo fiel, que al cabo de dos siglos y medio de combates se ve casi en la misma estrechez que despues del desastre del Guadalete. Los triunfos y las conquistas de Almanzor señalan el apogeo de la grandeza del califato, el mayor poder de la dominacion musulmana en España.

¿Será invencible este coloso? ¿Prevalecerá para siempre en España la ley de Mahoma? No puede ser. Porque la lucha es entre la usurpacion y la justicia, entre la mentira y la verdad, entre el Coran y el Evangelio, entre la concepcion monstruosa de un hombre y el libro escrito por la mano de Dios, entre el falso fulgor de una doctrina engañosa y la verdadera

luz destinada á alumbrar la humanidad. Porque esa civilizacion al parecer tan brillante del pueblo de Oriente es la civilizacion del fanatismo y de la esclavitud. Porque la religion del código musulman es la religion de la espada, es la religion de un paraiso de repugnantes obscenidades, es un dogma que pretende crear un cielo corrompido para sancionar la corrupcion en la tierra. Y el que buscó quien derribara los ídolos del paganismo y el Olimpo de sus dioses inmorales, mejor hallará quien rasgue las páginas del libro de un impostor, y quien venza á los apóstoles armados de su doctrina.

¿Mas cómo se levantará de su postracion el abatido pueblo cristiano? La desunion habia perdido siempre á los españoles, y una secreta y misteriosa inspiracion movió en aquella estremidad á los gefes de los estados cristianos de Galicia, de Leon, de Castilla y de Navarra, á unirse, á combinar sus débiles y diseminadas fuerzas, y á presentarse á combatir al Goliath de los sarracenos. Las menguadas huestes cristianas encuentran á las numerosas haces agarenas en la Montaña del Aguila, Calat-al-Nósor en el lenguaje de los árabes, no lejos de la antigua Numancia, de glorioso recuerdo para los españoles. El hombre de las cincuenta victorias creyó llegado el momento de consumir el trágico drama inaugurado hacia cerca de tres siglos por Muza y por Tarik, y se quedó asombrado al encontrar valerosos combatientes donde solo pensó hallar cobardes fugitivos. Se empeña la lucha... y la mano invisible que sacó á unos pocos cristianos victoriosos de la gruta de Covadonga, los saca tambien triunfantes en la cuesta del Aguila. Almanzor, el terrible, el victorioso, el invicto, siente correr la sangre de su cuerpo vertida por las lanzas cristianas; mira en derredor de sí, y se ve sin capitanes; y el soberbio musulman sucumbe, no tanto por la recrudescencia de sus heridas, como de la rabia y desesperacion de verse una vez vencido. Las lágrimas de sus soldados riegan su

tumba en Medinaceli: un hombre misterioso recorre las márgenes del Guadalquivir anunciando á grandes voces con palabras fatídicas la catástrofe de Calatañazor á los musulmanes: en los templos cristianos resuenan himnos de júbilo; en las mezquitas se reza la azala del dolor; el pueblo repite unos versos de prediccion siniestra hechos por Ibrahim ben Edris, y como Roma despues de la batalla de Canas, asi Córdoba viste de luto al recibir la nueva del desastre de Calatañazor. Apuntaba entonces el siglo XI.

Nunca con mas razon se afligió y enlutó un pueblo entero por la muerte de un hombre, Porque Almanzor, guerrero y político, batallador y literato, que compartia las estaciones entre certámenes literarios y combates hélicos, que conquistaba ciudades y fundaba academias, que repartia entre los soldados el botin de las victorias y distribuia entre los doctos los premios del saber; Almanzor, el favorito de la sultana Aurora, único valido que haya empleado su privanza en bien y engrandecimiento del pueblo; Almanzor, que se contentaba con ser rey sin cetro, monarca sin corona, soberano sin trono y califa sin imperio, pudiendo tener imperio, trono, cetro y corona; Almanzor, cuyo nombre era pronunciado despues del de el califa Hixem desde lo alto de trescientos mil alminbares en Africa y en España, era la columna y el sosten del califato, y rota su cimitarra, el cetro de los califas era una frágil caña en manos de un niño que crecia en años y nunca llegaba al uso de la razon.

En efecto, muerto Almanzor, se ve derrumbarse como desde la cúspide de una gran pendiente el soberbio imperio de los Omniadas, y desaparecer esta esclarecida estirpe como disipada por el soplo siniestro de un viento mortífero. Las tribus y razas berberiscas, edrisitas, alamerías, slavos, tadjibitas, zeiríes, benihuditas, mazamudas, zanhegas y beni-alfthas, cada cual arranca un giron del manto imperial de los

Beni-Omeyas; cada walí y cada alcaide erige para sí un estado independiente, para disputarse despues la presa como hambrientos lobos, y sobre las ensangrentadas ruinas del califato se levantan multitud de pequeños reinos, casi en cada comarca, casi en cada ciudad del desmoronado imperio.

¿Cómo tan rápidamente se precipitó el imperio de los califas desde la cumbre de su mayor grandeza al abismo de su ruina? Apuntaré las principales causas de tan súbita transicion.

Aquellas indómitas y rebeldes tribus que se alimentaban en el corazon del imperio, y que habian tenido el triste don de conservar su ruda ferocidad en medio de la cultura de Oriente; gente vengativa, en quien los odios de casta no se extinguian nunca y se trasmitian como una herencia de generacion en generacion; aquellas hordas, que ya con sus rivalidades y enconos habian espuesto el emirato á una disolucion, nunca se sujetaron de buen grado á los hombres de la raza árabe y siria, que eran menos que ellos y constituian como una clase aristocrática y privilegiada. Subyugados por el genio superior de los califas Beni-Omeyas, habian sido súbditos sin dejar de ser enemigos; aborrecian obedeciendo, y obedecian odiando al gobierno central. Asi, en el momento que vieron al único califa inepto y flojo, privado del apoyo del gran ministro Almanzor, rompieron sus cadenas los leones de Africa, deshicieron con sus garras el yugo de los Omniadas, escalaron el trono, se repartieron sus fragmentos, y hollaron con sus salvages plantas los símbolos de la dominacion, y con ellos los tesoros de la cultura y de la elegancia arábica, los libros de la biblioteca de Meruan, las flores de los jardines, y el oro y los mármoles de los suntuosos salones del palacio de Zahara.

Almanzor mismo, con ser tan gran político y tan gran guerrero, cometió dos grandes errores como guerrero y co-

mo político; el uno con los cristianos, que le acarreó su ruina personal, el otro con los musulmanes, que precipitó la caída del imperio. El primero fué el de sus campañas periódicas: guerreando y venciendo en las primaveras y los otoños, gobernando y presidiendo academias los inviernos y los estíos, conquistador la mitad de cada año, y la otra mitad regente, dejaba á los cristianos espacio y hueco, ó para reparar en parte sus desastres, ó para irse recobrando de su estupor y entenderse entre sí: se recobraron, se entendieron, pelearon, y murió vencido. El segundo fué el de los gobiernos perpetuos de provincias, ciudades y fortalezas, con que invistió á los walíes y alcaldes que le prestaban algun servicio personal. Mientras el gobierno estuvo en las robustas manos del ministro-regente, aquellos pequeños soberanos feudales conservaron cierta sumision á la cabeza del imperio. Pero seguido el funesto ejemplo de Almanzor por los débiles y combatidos califas que le sucedieron, aquellos walíes, harto propensos ya á la emancipacion, casi impunemente pudieron trocar en dominio lo que la flaqueza y la necesidad les habia otorgado como feudo, y cada régulo se fué proclamando rey en la ciudad ó comarca de su mando: de aqui la multitud de reinicillos que se erigieron, á manera de humildes viviendas fabricadas de los escombros de un soberbio palacio derruido.

Favorecia al espíritu de insumision y de independenciamiento el asiento de la córte del califato. Colocado el gobierno supremo en un punto excéntrico del Mediodía, distante de los puertos marítimos y de las comarcas montuosas del Norte y del Oeste, precisamente donde moraban las rebeldes é indomables tribus berberiscas, cuyo contacto con los cristianos les daba tambien facilidad para aliarse momentáneamente con ellos contra sus señores, la accion del gobierno sobre los disidentes llegaba debilitada, floja y tardía. La distancia aflojaba los lazos de la unidad, la rebelion los rompía, y las mis-

más causas facilitaron la desmembración de dos imperios, la del califato de Siria á mediados del siglo VIII., la del califato de Córdoba antes de mediar el siglo XI.

Adolecía además la constitución del imperio mahometano de un vicio de organización que le corroía y mataba. Mahoma, haciendo del Corán un código á la vez religioso, militar y político, creando un magistrado superior que era á un tiempo sumo sacerdote, rey y general de los ejércitos, formando un pueblo de guerreros y de esclavos, había hecho una ley apropósito para inspirar el fanatismo, muy conveniente para la unidad de impulsión tan necesaria para la conquista, muy oportuna para infundir y alimentar el orgullo que se siente en subyugar y dominar extrañas tierras y regiones; pero la más defectuosa, la más imperfecta, la más viciosa para la vida social de un pueblo. Una vez asentados en una región los musulmanes, ¿qué mejoras se prometían en su condición social de sus personales sacrificios y de su ciega sumisión al pontífice-rey? Esclavos eran, y esclavos habían de ser perpétuamente: pasarían siglos y siglos, y no pasaría su esclavitud; se sucederían generaciones, y los hombres de las generaciones futuras serían tan esclavos como los de la presente y los de la pasada: porque su ley política prescribe la servidumbre, y su ley política es inalterable, inmodificable, inmutable como su dogma. Mientras fuesen conquistadores, los enardecía el entusiasmo de la conquista: dominadores de una región, el único estímulo de sus esfuerzos era el paraíso; tenían que mirar al cielo, porque nada podían esperar de la tierra. No podía haber patriotismo, porque patriotismo y esclavitud perpétua son incompatibles, se escluyen, se repelen. Para sacrificarse por un soberano que no había de mejorar su condición, querían ser soberanos ellos mismos. En tanto que los soberanos fueron hombres tan eminentes como los califas Beni-Omeyas, el prestigio y el ascendiente de su talento, de

su nombre y de su poder bastó á hacer, ó auxiliares devotos, ó súbditos sumisos, ó forzosos vasallos. Vino un califa débil é inepto, y se rebelaron todos. Imperio sin pueblo, porque no es pueblo una congregacion de esclavos, se desplomó como un edificio sin base: faltó el gigante que sostenia en sus hombros la inmensa bóveda, y la bóveda cayó al suelo.

He aqui las principales causas de la repentina caida del califato de Córdoba.

Las consecuencias fueron inmensas, inmediatas unas, remotas otras, importantes todas. La caida del califato es la línea divisoria que señala la superioridad del pueblo cristiano sobre el sarraceno. Hasta ahora el pueblo español ha pugnado por vivir; desde ahora empieza á pensar en organizarse: cuenta ya con la existencia material, y comienza su vida política y civil. Los pueblos van ganando derechos políticos de la misma manera que han ganado territorios, lenta y parcialmente, y nacen los fueros de Leon, de Castilla, de Navarra, de Aragon y de Cataluña: legislacion parcial, local, imperfecta, pero preciosa, que los alienta á sostener y proseguir la obra de la restauracion, porque al compás que reconquistan mejora su condicion social.

De tal manera, Señores, quedaron quebrantados y dislocados los sarracenos desde la jornada de Calatañazor, que aunque los reyes de Navarra, de Leon, de Aragon y de Castilla, los Sanchos y Ramiros, los Alfonsos y Fernandos, no recogieron al pronto todo el fruto que debieron y pudieron de aquella victoria, porque llevados de ese espíritu de rivalidad local, tan innato y tan funesto á los españoles, gastaron lastimosamente combatiendo entre sí las fuerzas que hubieran debido emplear contra el comun enemigo, todavía desde la Montaña del Aguila pudo divisarse en lontananza el resplandor de la cruz plantada por el sexto Alfonso de Castilla sobre los muros de Toledo, la antigua córte de los godos,

el centro y el mas formidable baluarte de la España mahometana.

Perdido este baluarte, los musulmanes andaluces en su nuevo conflicto vuelven los ojos al Africa, é invocan el auxilio de los Almoravides. Estos bárbaros africanos, modernos numidas que cruzan el estrecho como sus progenitores llamados por sus hermanos de España, vuelven como aquellos sus armas contra sus mismos invocadores, los vencen, los encadenan, los trasportan al desierto, se apoderan de la España sarracena, y los Almoravides hacen de España una dependencia de Africa, como antes los Omniadas hicieron de Africa una dependencia de España. Los rudos musulmanes del Mediodía destruyen á los cultos musulmanes de Oriente: acaba la dominacion de los árabes y empieza la de los moros.

Pero el Africa no se cansa de arrojar kabilas sobre la península española, y á la invasion de los terribles Almoravides con Yussuf en el siglo XI. sucede en el XII. la irrupcion de los feroces Almohades con Abdelmumen. Estos sectarios de El Mahedi, tan bárbaros que prohibieron con pena de muerte que se escribiera la historia de su dominacion, arrojan á su vez de España á los hombres de Lamtuna. Pero estos Almohades son despues arrollados y destruidos por los Beni-Merines, otros africanos, mas agrestes, si es posible, que ellos. El Mediodía era para España lo que habia sido el Norte para Roma; semillero inagotable de hordas salvages que se iban empujando unas á otras como las olas del mar. Lo que para el imperio romano fueron la Escitia, la Tartaria, la Escandinavia, el Tánais y el Vístula, eran para los reinos españoles Berbería, el Magreb, el Atlas, Sûs, Fez y Marruecos. Pero el imperio de los Césares fué derrocado, porque Roma tenia que expiar los crímenes del Capitolio, y merecia un Alarico y un Odoacro: España no estaba destinada á perecer, y no merecia un Yussuf y un Abdelmumen, porque

en lugar de un Capitolio corrompido defendía una religion pura y santa, y tenia un galardón que recibir en premio de su perseverancia y de su fé.

Eran sin embargo terribles las primeras acometidas de los bárbaros meridionales. Los Almoravides pusieron á punto de sucumbir la causa del cristianismo en Zalaca: los Almohades le dieron un golpe mortal en Alarcos. Mas contra los primeros se levantaron un Campeador castellano y un Batallador aragonés, el Cid Ruy Diaz y Alfonso I. de Aragon: el uno les arrancó temporalmente á Valencia, el otro les arrebató para siempre á Zaragoza. Para vengar el ultrage de los segundos recuerdan que solo la union los pudo hacer triunfar en Calatañazor, y unen por segunda vez sus banderas, y vencen en la memorable batalla de las Navas, tercer portento de los anales del pueblo español en la edad media. En Calatañazor cayó y se disolvió el imperio omniada; en las Navas de Tolosa cayó y se disolvió el imperio almohade: el primero representa el triunfo del Evangelio sobre el islamismo culto de Oriente, el segundo simboliza el triunfo de la verdad religiosa sobre el mahometismo bárbaro del Mediodía. La causa cristiana prevalece igualmente contra la culta Arabia que contra el Africa salvage. Era ya el principio del siglo XIII.

A la sombra de estos triunfos ha ido avanzando la restauracion en medio de reveses y contrariedades; ha ido creciendo la nacionalidad á través de dificultades y obstáculos; ha dado grandes pasos la unidad á vueltas de mil rivalidades y discordias; y al mediar aquel mismo siglo dos monarcas españoles, cada uno de los cuales lleva en su frente dos diademas, el uno las de Cataluña y Aragon, el otro las de Leon y Castilla, santo el uno y héroes ambos, Jaime I. y Fernando III., prosiguiendo simultáneamente y con igual ardor la empresa de la reconquista, por Oriente el uno, por Mediodía

el otro, el uno planta el pendon de San Jorge en la almudena de Mallorca y en la alcazaba de Valencia, el otro enarbola el estandarte de Santiago en el mas alto alminar de la grande aljama de Córdoba y en la torre de la Giralda de Sevilla.

Recobradas las reinas del Guadalaviar y del Guadalquivir, los restos de todas las razas y de todas las dominaciones musulmanás se refugian, se agrupan, se apiñan en Granada como en el último baluarte de una ciudad asaltada por el enemigo. El estrecho, pero pobladísimo reino de Ben-Alhamar, compendio y como extracto de la grandeza de los imperios musulmicos que le precedieron, diminuta herencia de Damasco, de Bagdad y de Córdoba, se sostiene y vive todavía por mas de dos siglos, merced á las distracciones de los dos grandes reinos cristianos; de Aragon, que gasta sus robustas fuerzas en conquistas exteriores y en empresas lejanas; de Castilla, que consume su vitalidad en disensiones intestinas, entre reyes y príncipes, entre monarcas y magnates, entre señores y vasallos. Granada se sostiene con sus discordias de familia y de casta, merced á los funestos celos y rivalidades entre Castilla y Aragon, hasta que unidos los intereses de ambos reinos por el dichoso enlace de dos príncipes, sujetas ambas monarquías á un mismo cetro (pronunciémos, Señores, con veneracion y con orgullo los nombres de Fernando é Isabel!!!), estos dos príncipes marchan acordes y rematan la obra laboriosa de ocho siglos, plantando la sagrada enseña del cristianismo y el pendon nacional en los torreones de la Alhambra de Granada, último monumento y último símbolo de la dominacion mahometana en la península española. El triunfo de Calatañazor tiene su complemento en Granada; el fruto de la Colina del Aguila se recoge á la orilla del Genil, y la muerte de Almanzor el Grande ha producido la caida de Boabdil el Chico, el Augustulo del imperio mahometano de Occidente.

CONTESTACION

AL DISCURSO ANTERIOR

POR

DON ANTONIO CAVANILLES,

ACADEMICO DE NUMERO.



SEÑORES.

LA Academia se complace en contar en el número de sus individuos al señor don Modesto Lafuente, que ha merecido alcanzar grande reputacion literaria, que ha consagrado su vida al estudio, que solo y sin auxilio acometió la árdua empresa de escribir la historia de nuestra nacion. El que ha dado tantas muestras de talento, de recta crítica y de buen gusto, no podia menos de pertenecer á una docta corporacion, que alienta todos los esfuerzos, que premia los merecimientos literarios y que procura mantener viva la llama del saber histórico.

Si necesitásemos otra prueba de los conocimientos y del mérito del nuevo académico, el discurso que acabamos de oir nos la suministraria muy brillante. Con notable elegancia nos ha presentado el cuadro de una época en que dos pueblos, dos civilizaciones se disputaron el dominio de España: paralelo importante, lleno de erudicion y de filosofia; panorama magnífico, que ha ido sucesivamente desplegando á nuestra vista las diferentes escenas de la vida civil, política y militar del pueblo árabe y del pueblo cristiano.

Voy, Señores, contando mas que nunca con la indulgencia de la Academia, á suceder al señor Lafuente en el exámen de este período, y á manifestar el importante servicio que hicieron los árabes á las letras.

Es claro que para conocer una época en que dos pueblos se disputaron el mando, no basta oír á los escritores de una de las naciones, hay que examinar lo que se escribió por ambas partes, y la historia de los árabes, y sus guerras, y sus relaciones con los cristianos deben ser objeto de un estudio llevado paralelamente, olvidándose al hacerlo del interés, del orgullo, de las pasiones de una y otra gente, aplicando el cuchillo del análisis á lo que alumbre la antorcha de la crítica.

Este linage de estudios se halla por desgracia muy atrasado: el idioma árabe no está aun tan generalizado como fuera de desear, y entre nosotros (mengua es decirlo) se halla casi olvidado cuando debiera ser objeto de culto literario. Los códices desaparecen: el Escorial, ese gran depósito de donde han salido la mayor parte de los que adornan los museos y archivos extranjeros, el Escorial que custodió los códices pertenecientes á don Diego Hurtado de Mendoza, y á Benito Arias Montano, y los cuarenta mil del rey Cidan apresados en 4612 cerca del puerto de la Mármora, vió en 4674 consumirse entre los horrores de un incendio la mayor y mas rica parte de su tesoro literario, y por las vicisitudes de los tiempos vió despues correr varia fortuna á mucho número de sus mas notables documentos.

Para conocer este período importante de la historia de España buscaban los estudiosos las cortas, diminutas y no siempre satisfactorias noticias de los autores españoles coetáneos á las diferentes fases de la dominacion árabe, y examinaban entre otras obras de menor interés, el cronicon del Picense, las obras del arzobispo don Rodrigo, las del Tudense,

la Crónica latina del Cid, hoy rescatada por la Academia, la Crónica general, los poemas anteriores al siglo XV, y ese rico venero de costumbres, de recuerdos y de glorias que se conserva en nuestros romanceros.

Por desgracia el resto de Europa no sabía mas que nosotros, y Fernando VI, encargando en 1748 al Siro-Maronita Casiri, el índice y la ordenada descripción de los manuscritos árabes del Escorial, y Carlos III dándolos á luz hicieron conocer al mundo esta riqueza literaria; y se tuvo noticia de mil ochocientos cincuenta y un códices, escritos la mayor parte por árabes, españoles por origen, por nacimiento, por domicilio, ó por escuela; códices referentes casi todos á cosas de España; muchos de los cuales pertenecieron á las bibliotecas musulmicas de Granada.

Dado el impulso, el abate Andrés en su Historia sobre el origen y estado actual de la literatura llamó la atención de Europa sobre los árabes españoles; y en nuestros dias el erudito Conde publicó la Historia de los árabes de España, obra á que debió acompañar el testo original, porque segun la bella espresion de Mariana: *la historia no pasa partida sino la muestran quitanza*; obra que dejó incompleta, habiéndose publicado los dos últimos tomos despues de su muerte por papeletas mal coordinadas, cuyos defectos no pueden atribuirse al autor sin faltar á la buena fé literaria.

Reivindiquemos, Señores, para España la gloria de haber llamado la atención del mundo sobre este género de estudios, que si no han ilustrado mucho la historia patria, han derramado gran luz sobre otros importantes ramos del saber. Casiri, Andrés, Conde pueden haberse equivocado en algunos puntos. ¿Para qué negarlo? Caminaban por sendas escabrosas, fueron los primeros, los maestros, la guia. Si hoy se alzasen del sepulcro, al ver la injusticia con que son tratados, cuanto no dirian á los críticos modernos, ¡y cómo protes-

tarian, hombres del siglo XVIII., al verse juzgados por la generacion presente!

Empero de estos puntos de partida proceden las últimas investigaciones. Unos autores se propusieron en el estrangero traducir á Conde, otros utilizaron los datos de Casiri, otros vistieron con la librea de la novela la Historia de los árabes de España, otros gastan sus fuerzas en hallar defectos en nuestros escritores; y no falta quien trata de imponernos magistralmente sus opiniones pensando que el mundo estaba en el caos y que á él solo fué revelada la luz.

Para juzgar este gran proceso hay que publicar los documentos, como lo hizo un docto académico dando á luz la historia de Almakary; como lo hace Dozy imprimiendo las de los Almohades y Almoravides. De este modo se verá lo que escribieron los árabes, se les comparará entre sí y con los escritores españoles; la arqueologia nos mostrará las huellas que dejaron en el pais, y el estudio y la recta crítica harán que, mas felices que hasta aquí, veamos levantar parte del velo que oculta los sucesos de aquellas remotas edades.

En tanto con los datos que hoy poseemos emplearé los cortos instantes que he de ocupar todavía la atencion de la Academia, en la investigacion del adelantamiento literario que debimos á los árabes, prefiriendo la historia de las ideas á la narracion de los hechos.

Al dirigir la vista á aquellos siglos, al considerar el estado político de Europa, la escentralizacion del poder, la insubordinacion de unos, la abyeccion de otros, la corrupcion de las clases mas respetables, el silencio de las musas, la general ignorancia, ¿quién habia de creer que la invasion sarracena no agravaría los males intelectuales del pais? ¿que en medio de los instintos de ferocidad y de guerra, de las divisiones civiles, de tanta tribu, de tanta raza, de tanta variedad de gentes, habian de encontrarse príncipes dignos

del trono, unidad en el mando y proteccion á las artes y á las letras? ¿Y que los hijos del desierto, recordando en el perfumado suelo de Córdoba los placeres de Damasco y de Bagdad, habian de ser el condueto por donde volviese á Europa el tesoro del saber que habia desaparecido de ella?

¿Altos secretos de la Providencia que no es dado sondar á la mezquina comprension del hombre! ¿Quién hubiera dado asenso al que tales cosas contára, cuando nuestros padres vencidos y derrotados en Guadalete, precedidos por los obispos, huian del alfange y de la cimitarra, llevando el arca santa con las venerandas reliquias, y corrian á refugiarse á la parte norte de España, al pais mas fragoso, al de mas virtud bélica, donde no penetraron los fenicios ni los cartagineses, y en cuya dominacion tardaron dos siglos los romanos y otros dos siglos los godos?

¿Quién creeria que habiamos de ser deudores del renacimiento de las letras á los árabes, cuando empezó la magnífica epopeya de la reconquista, y resonaron en las montañas de Auseva los gritos de gloria y de venganza, y se peleó por la fé de Recaredo, por la independendencia, por la libertad? ¿cuándo se desnudó en Covadonga el acero que despues de ocho siglos debia envainarse en Granada?

Mas la Providencia que hace brotar el bien del mal, que purifica la atmósfera con las borrascas, que lleva en alas del huracan las semillas á fecundar paises remotos, despues de fatigar á los árabes españoles con guerras intestinas para dejar respirar á los cristianos y prepararlos á descender á la tierra llana; despues de hacer que los africanos amenazasen la tranquilidad de la dominacion árabe, y de darles dos fronteras que guardar, la del estrecho y la del pais conquistado; despues de hacer que, á semejanza de los metales, se fundiesen calientes y se separasen frios, dispuso que llegasen

al apogeo de su gloria, y diesen culto á las letras, y honrasen el valor y la hermosura.

Habia el pueblo árabe, antes inculto, mísero y disperso, formando pequeños estados y hordas independientes y enemigas, constituido por fin un cuerpo en tiempo de Mahoma y consolidado su nacionalidad en el califato de Omar. Oscuros los árabes porque eran ignorantes, débiles porque estaban divididos, desplagan de pronto carácter bélico, cuando el fanatismo los auna y preocupa su imaginacion, y se hacen conquistadores, y subyugan en pocos años todo el Oriente romano y la Persia y el Egipto. La sed de conquistas es seguida de la fiebre del saber, y vemos mas tarde á Bagdad convertida en otra Atenas en tiempo de Almamon el Augusto de sus reyes. De Bagdad se traslada la ciencia á Córdoba, y sus califas solicitan por medio de embajadas pacíficas las obras del entendimiento humano, y se recogen con entusiasmo y se conservan y se traducen. Se dotan estudios, se fundan bibliotecas, y se busca, se protege, se honra á los sabios de todas las escuelas y de todos los paises. Ya no son las tribus bárbaras y estacionarias, ya no son los conquistadores de territorios, son los conquistadores del saber, son el conducto de que se vale la Providencia para conservar y propagar las luces.

La cadena de los siglos no se ha roto, merced á los árabes. La sucesion, la tradicion de la doctrina, las conquistas del entendimiento humano iban á perderse; morian con sus dioses informes los conocimientos egipcios, desaparecian con sus dioses sensuales las ciencias de Grecia, los hijos del Septentrion desdeñaban las letras y las artes; mas los sectarios de Mahoma recorren el mundo y recogen los restos del saber próximo á extinguirse. Los egipcios les enseñan la química oculta bajo el disfraz de la alquimia; aprenden de los griegos la geometría y la astronomía; de los indios el álgebra, de los

chinos las artes, y se declaran deudores á Aristóteles, cuyas obras conservan, traducen y comentan, de la filosofía, de la historia, de la medicina. ¡Magnífico espectáculo, Señores, el que presenta *la idea* triunfando de la barbarie: la luz del saber próxima á extinguirse; pero sin llegar á apagarse: la ciencia sobrenadando en el naufragio universal, viajando con las tribus nómadas, ocultándose en las tiendas de los guerreros, hasta que pura y esplendente y vencedora concluye por dominar al mundo civilizando al hombre!

Los árabes no eran inventores, su ley misma se oponía á ello. Mahoma les habia dicho que la ciencia del sabio y la espada del fuerte sostienen la máquina del mundo; pero tambien habia limitado el vuelo de su inteligencia diciéndoles que toda innovacion era un extravío, y que todo extravío conduce al fuego eterno. No esperemos, pues, que su principal mérito sea la invencion. El gran servicio que les debe el mundo es el haber recogido los escritos de la antigüedad, haber hospedado las ciencias y las artes, y haberlas transmitido á la Europa que se hallaba en el caos. Ellos siguieron el largo trayecto que recorrió la ciencia que alumbró sucesivamente á los indios, á los chinos y á los persas, á los caldeos, á los fenicios, á los egipcios, á los griegos, á los romanos. Ellos conservaron con singular aprecio, entre otras, las obras de Euclides, de Tolomeo, de Aristóteles, de Dioscórides, de Hipócrates, de Galeno. No esperemos que el papel, ni la brújula, ni la pólvora sean invenciones suyas: el mundo moderno se las debe: ellos las trajeron á España, las conservaron, las transmitieron.

Como en todo pueblo jóven y sencillo, en el pueblo árabe, educado en un clima ardiente, la imaginacion precedió siempre á la reflexion. Vémoslo propenso á lo maravilloso, cultivando su idioma rico y musical, dando mas importancia á la forma que á la esencia, encantándose con los romances

y la fábula. La poesía formaba parte del ambiente que respiraban: sensuales y valientes cantaban el amor y los combates.

Cuando volvieron la atención á estudios mas severos no lograron borrar la huella de su carácter ; siempre dominaba la imaginacion y el fuego oriental. Si se consagran á la filosofía del Stagirita, la visten con comentarios que la desfigurán, y prefieren las sutilezas y argucias del entendimiento á la reflexiva investigacion de la verdad. Si se dedican á la historia, no saben formarse sobre los modelos de Grecia y Roma : carecen de orden , de precision , de miras elevadas; se pierden en el intrincado laberinto de sus genealogías ; interrumpen la narracion con diálogos , versos y adornos inútiles; y son minuciosos, redundantes, con la exhuberancia de su lozana imaginacion.

Cultivan la medicina de los griegos , la enriquecen aplicando á ella la química y las ciencias naturales ; pero se apartan de la sencilla y atenta observacion de sus maestros; no saben generalizar los hechos, condensarlos en aforismos ó axiomas ; son polifármacos y amigos de cuestiones sofisticas y de métodos supersticiosos.

Su misma arquitectura, que fué poco á poco separándose de la Bizantina , nos descubre la riqueza de imaginacion de aquel pueblo : se pierde en menudas , prolijas y esquisitas labores ostentando en miles de columnas y en recargados follages el abuso de ornamentacion.

Si continuásemos recorriendo todos los ramos del saber, veríamos igualmente que tenian los defectos propios de su carácter ; esa lozanía que acompaña siempre al renacimiento de las letras , que precede á los estudios serios , que forma parte del fanatismo literario. Empero dieron al mundo el espectáculo que no se volverá á ver, de recoger la ciencia moribunda, de conservarla , de cultivarla, de trasmitirla.

En Córdoba, Señores, y bajo el turbante musulman, empezó esta restauracion del saber. El jóven Abdo-r-rahman I., último vástago de los Beni-Omeyas, educado en la adversidad, trocado el regalo de su infancia por la áspera vida de los desiertos de Tahart, depositario del valor, de la cultura, de la ciencia, de la galantería de los suyos, traslada á Córdoba el lujo y las aparatosas fiestas de Damasco y de Medina, erige suntuosos palacios, se rodea de los hombres mas sabios de su tiempo y presta seguro y honroso asilo á las ciencias y las letras miradas con desden por los godos españoles. ¡ Monarca sensible que ama las dulzuras de la paz, que á la sombra de la palma, cuya cima mecieron tal vez las mismas auras de Damasco, recuerda en medio de su prosperidad la patria que ha perdido, los sitios que no volverá á ver, el horrible festin en que fueron sacrificados sus mas próximos parientes, los amigos de que le dividian la distancia y los mares!

Una sucesion de grandes monarcas consolida este mismo espíritu de templanza y de ilustracion, hasta que ocupa por cincuenta años el trono Abdo-r-rahman III. el califa, el sucesor de Mahoma, el príncipe de los creyentes, el centro de unidad de los hijos del Profeta, el Emir almumenin. Entonces llegaron los árabes españoles al apogeo de su gloria: las ciencias tuvieron culto, las artes florecieron bajo aquel hombre, que próximo á morir, tras tan largo y tan glorioso reinado manifestó que apenas contaba en su vida mas que catorce dias de completa felicidad.

Su hijo, heredando las dotes de su padre, mas pacífico, mas agricultor, mas amigo de la prosperidad material del país, literato, poeta, bibliófilo, fué el príncipe mas amante de las letras, mas favorecedor de los buenos ingenios. Mas estaba escrito que despues de tan larga sucesion de príncipes habia de recaer el trono en Hixém II., niño de diez años, en

quien se habia de eclipsar la gloria de sus mayores. En vano Almanzor, el Cid de los árabes, en sus expediciones de primavera y otoño descubrió el instinto y el genio de la guerra llevando la desolacion hasta los confines de Galicia, y trayéndose como trofeo las campanas de Compostela, que rescatadas mas tarde por San Fernando, fueron conducidas en hombros de moros á colocarse en las torres de aquella célebre basilica. En vano, alternando los deberes de guerrero con los placeres del entendimiento, se constituyó protector de las letras, fundó academias, estableció escuelas y cultivó todos los ramos del humano saber. ¡Mezcla notable de ilustracion y de ferocidad, de dulzura de carácter y de espantosa barbarie! Sostuvo en las sienes de un monarca imbécil una corona vacilante; pero degradó la institucion de la monarquía, envileciendo al soberano: logró adormecer, pero no extinguir las rivalidades de los súbditos: no supo educar á sus mismos hijos que le fueron rebeldes; escitó en vez de apagar el ardor bélico de los españoles, los irritó con el agravio, los aleccionó en la guerra, y cuando murió en Medinaceli, casi abandonado de sus tropas, se lamentó de no haber comprendido lo que convenia á los intereses de los suyos, estableciendo entre el pueblo musulman y el cristiano un inmenso desierto, valladar y frontera de ambos campos.

¿Mas qué se hizo del saber de los árabes de España despues de la muerte de Almanzor? ¿qué fué de sus bibliotecas? ¿qué de sus escritores y poetas? Todo desapareció instantáneamente... Tanto en la prosperidad como en la decadencia hay escalas, hay grados, hay transiciones en otros pueblos: en los árabes no. Del mismo modo que fué maravillosa y providencial su cultura fué prodigiosa y providencial su ruina. Cayó sin dejar reliquia el pueblo árabe que estuvo, por decirlo asi, acampado en España, y en vano se le busca, en vano se tratan de encontrar sus artes y sus ciencias.—Si en otros siglos

brillan los musulmanes españoles, son ya hijos de otra civilización diferente, no conservan la doctrina de los árabes ni pueden confundirse con ellos.—Muerto Almanzor se desbordaron las ambiciones, levantaron la cabeza las pasiones bastardas, rompieron el yugo los africanos, se despedazó el centro, faltó la unidad, sucedió el fanatismo grosero á la cortesana galantería, el error á la ciencia, la cimitarra al plectro. Semejantes al relámpago brillaron, desaparecieron.

Mas los árabes habian llenado su mision: estaba hecho el bien: la semilla germinadora habia caido sobre tierra fecunda y la Europa se habia salvado de la ignorancia. Un monge llamado Gerberto, viene en el siglo X. á Barcelona, pasa á Andalucía, estudia alli las matemáticas y la filosoffa, y cultiva las ciencias, las letras y las artes. La maledicencia le persigue, la ignorancia le acusa de magia, y él, rico de ciencia, la lleva á los palacios, la esparce por Italia, y por uno de los mas ocultos designios de la Providencia asciende al pontificado con el nombre de Silvestre II. Sentado en la silla de San Pedro el hombre que habia estudiado entre los árabes, fomenta el renacimiento de las letras, dota escuelas, y presenta á la Europa, no bien despierta de su letargo, las obras de Aristóteles, el libro que ha reinado hasta nuestros dias, el que esplica las sensaciones, la generacion de las ideas, el criterio de la verdad, las leyes del entendimiento y el que tanto ha contribuido á los progresos de la ciencia ideológica.

El ejemplo de Gerberto fué seguido, y se dió el espectáculo de una peregrinacion literaria al emporio de las letras y las ciencias. Gerardo de Cremona estudia en las escuelas de Toledo; Campano de Novara recoge las obras de Euclides y se consagra á la astronomía; Athelardo, Daniel Moley, Othon y gran número de ingleses, franceses y alemanes, vuelven á sus respectivas naciones ricos de ciencia, y la propagan fundando escuelas, academias y liceos.

Esta atmósfera no podía menos de ser respirada por los españoles: el benéfico contagio de la ciencia debía infiltrarse en ellos, y vemos á Arnaldo de Villanova instruirse entre los árabes en las ciencias naturales, y á Raimundo Lulio, el omniscio de su siglo, estudiar en sus obras y aleccionarse en sus escritos. Vemos á la poblacion cristiana adoptar en los puntos dominados el lenguaje de sus conquistadores, y hallamos con leyendas árabes monedas de nuestros reyes, estendidos en aquel dialecto muchos instrumentos, y contratos, y comentarios á la Biblia, y hasta una coleccion de cánones para uso de las iglesias de España.

No es mi ánimo, Señores, entrar en pormenores sobre este punto: llenas están las obras de los críticos modernos de esta parte de la historia literaria. Basta para mi propósito una indicacion, un recuerdo de lo mucho que debió el mundo á los árabes españoles, de la ciencia que conservaron, que propagaron por Europa; de lo que les deben nuestros escritores; de lo que les debió Alfonso el Sabio, tanto en sus obras históricas como en su libro de las Armellas y en sus célebres Tablas. De lo que les debió la poesía provenzal, de las escuelas, de las academias, de los colegios que fundaron; de los elementos de civilizacion que introdujeron en el mundo. Los españoles no podemos volver la vista á ninguna parte sin encontrar el influjo árabe. Esas vegas de Granada y de Valencia, ese admirable sistema de riegos, esas prácticas agrícolas, nuestras artes, nuestra arquitectura, nuestro mismo idioma nos los recuerdan á cada momento.—Mas no vengo, Señores, á repetir mal lo que otros han dicho bien, ni á ostentar erudicion, ni á perderme en doctas investigaciones...

Me basta ver en todo esto la mano de la Providencia dirigiendo los destinos del mundo, llamar la atencion de la Academia hácia un punto brillante de la civilizacion oriental, considerando al califato de Córdoba como el período mas

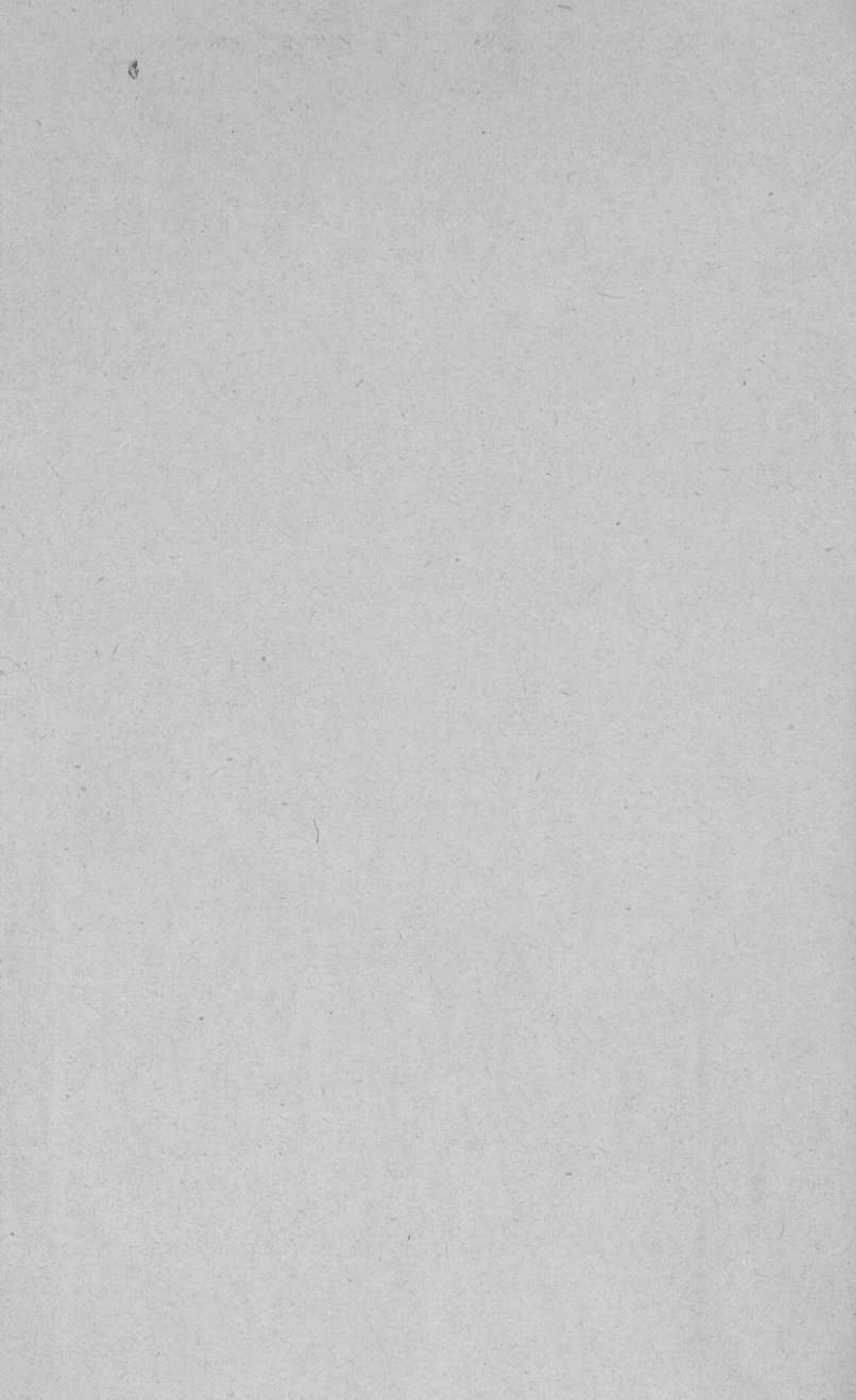
grande, mas ilustre de la vida del pueblo árabe que, en tierra estraña, floreció en la prosperidad, que hizo el bien, que desapareció tan pronto como dejó de ser necesario.

El señor Lafuente nos ha dado á conocer bajo otro y muy notable punto de vista el período del califato, y al considerar su decadencia nos ha presentado al pueblo cristiano federándose, ensanchando sus buenos fueros, y hostilizando y venciendo á sus dominadores. ¡Ojalá que no hubiese habido entre nosotros tanto pequeño estado, tanta falta de homogeneidad en el poder, tanta division, tanta guerra civil! Y no hubiéramos visto esas treguas, esas paces, esas alianzas indecorosas, ni á los soldados españoles combatir en auxilio de los mahometanos contra soldados de España! Entonces la destruccion de Almanzor y la ruina del califato hubieran sido el verdadero triunfo de nuestros padres, y no hubieran mediado cuatro siglos desde que Alfonso VI debeló á Toledo, hasta que los Reyes Católicos conquistaron á Granada.

He dicho.

ANTONIO CAVANILLES.





MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Número. <i>1556</i>	Precio de la obra.	Pesetas
Estante. <i>87</i>	Precio de adquisición..
Tabla. <i>única</i>	Valoración actual.
Número de tomos.		

18

1556.